

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han rememorado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.

A LA BÚSQUEDA DEL REY DESCONOCIDO

Música: C.F.Zelter

Letra: Vicente García S.



1. Vi - vió u - na vez en Tu - le un rey tan no - ble y
lue - go, en ca - da ce - na, co - mi - da y al be -
su úl - tí - ma ve - la - da la co - pa fue a lan -

fiel, que al fa - lle - cer su es - po - sa co - pón le fue a o - fre -
ber, la i - ma - gen de la a - ma - da lle - gá - ba - le a su
zar, de pe - na cons - ter - na - do, al tem - pes - tuó - so

Sigue en <https://ideaswaldorf.com/el-rey-de-tule/>

No hace mucho tiempo existió un país que era el más grande del mundo porque había subyugado a casi todos los demás países. Había adquirido no sólo una gran fama, sino también una riqueza extraordinaria, y los habitantes de ese país tenían que admitir que no les faltaba la felicidad.

Un día una extraña enfermedad estalló en él. Al principio afectó a unas pocas personas, luego a cada vez más, y finalmente se convirtió en una epidemia. Ocurrió de tal manera que produjo síntomas peculiares de parálisis, no sólo por fuera, sino también por dentro. Las personas que quedaron contagiadas por ella ya no podían moverse. Después ya no podían hablar y, finalmente no podían ni pensar ... Los habitantes de ese país estaban perplejos y no entendían que el desastre estallara justo en su momento de más felicidad.

Cuando la enfermedad se extendía cada vez más y atacaba a las personas más importantes, el rey finalmente convocó a sus consejeros y les preguntó qué se debía hacer en esta emergencia. Pero más allá de lo que los médicos ya habían intentado, los asesores no tenían nada que decir.

Lo único que se les ocurrió fue proponerle al rey que mandara pregonar un bando en el reino para que se buscara a alguien que pudiera ayudar y viniera de inmediato.

El rey así lo hizo, y al cabo de algún tiempo apareció en el castillo un viejo pastor. Este sencillo personaje dio al rey una solución inesperada e insólita. Le dijo:

"En esta catástrofe, sólo una cosa te ayudará. Envía a tu hija al Rey Desconocido, él te dará lo que necesitas"

Cuando el rey escuchó estas palabras, las tomó muy mal:

"¿Cómo voy a enviar sola a mi propia hija a buscar en el mundo a un rey desconocido y sin saber su paradero?"

Al principio se resistió resueltamente a esto. Pero cuando él mismo cayó enfermo poco después, decidió seguir el consejo.

Entonces la hija del rey salió y comenzó a buscar al Rey Secreto Desconocido. No sabía dónde vivía, no conocía el camino hasta llegar a él, sólo poseía un gran anhelo ferviente de encontrarlo y ayudar a la gente.

Vagó de la mañana a la tarde y seguía sin encontrar nada, y como al final del día no había conseguido ningún resultado, resolvió no buscar posada para pasar la noche, y quedarse afuera al aire libre, no fuera que se perdiera alguna señal o indicación.

Escaló una montaña y se detuvo en la cumbre desde donde pudo percibir el infinito, azul e intenso cielo que se arqueaba sobre ella misma. Nunca antes lo había visto así. Lo miró fijamente durante mucho tiempo y se entregó a la sublime visión. Entonces se volvió más y más libre y le pareció que empezaba a comprender muchos de los secretos del mundo. Luego cayó en un sueño profundo.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, notó con asombro que un maravilloso y profundo abrigo azul la envolvía.

Al día siguiente siguió vagando. Se encontraba con numerosas personas que le exigían algún tipo de ayuda, a veces con palabras airadas y malsonantes. La hija del rey, sin embargo, lo hacía todo sin murmurar y ni enfado alguno.

Así, una persona sin apenas ropa encima, se le acercó y le exigió que le diera algo de ropa que la calentara. La princesa le regaló su propio vestido, pues aún le quedaba su capa.

Poco después de ser tan generosa, cuando se quiso dar cuenta, se vio vestida con un atuendo nuevo que brillaba con el rojo más hermoso.

Al día siguiente, mientras caminaba, le surgieron muchos obstáculos. Los caminos se volvieron cada vez más difíciles y su fuerza disminuyó. Sólo su voluntad permaneció firmemente enfocada en su meta.

Llegó a un prado formado por magníficos árboles con mucha hojarasca y frutos de todos los colores y tamaños. Se sentó sobre el más grande de los árboles, viendo que se le agotaron las pocas fuerzas que le quedaban. Pero mientras ella estaba sentada allí, pensaba para sí misma:

-“¡Si tan sólo se quedara conmigo la fuerza de la voluntad!”

Entonces el poderoso árbol comenzó a moverse, se sacudió y se sacudió, y de él cayeron dos hermosos zapatos que brillaban con un oro cálido. Cuando la hija del rey se los puso, un poder fluyó por su cuerpo como nunca antes había sentido.

Ahora podía seguir caminando de nuevo.

Al cuarto día, el camino descendía, y poco a poco se adentraba en las entrañas de la Tierra. Primero se vio envuelta por una oscuridad aterradora, luego se volvió más y más resplandeciente y finalmente, indescriptiblemente suave. Le pareció como si entrara en la cámara del corazón de la Tierra.

En el centro de esa habitación visualizó un trono en el que estaba sentado un joven rey que brillaba como un sol clemente. A su alrededor estaban los elementos de la naturaleza, los líderes de los Hombres y los gobernantes de los Ángeles.

La hija del rey supo ahora que había alcanzado su objetivo. El hombre entronizado miraba a la virgen y veía lo que llevaba puesto: un manto azul que la envolvía, una túnica roja y los dorados zapatos. Entonces alzó la voz y le dijo:

-“Veo que eres digna de recibir la salvación y de llevarla a los Hombres”

Y le dio un cuenco de oro lleno de agua radiante, y dejó que la hija del rey bebiera de él.

Entonces también le dio la orden de llevar el cuenco a la gente, de contarle sobre el Rey Secreto. Además le dijo:

-“Permite beber del agua a quien crea tus palabras. Quien lo haga se curará de la enfermedad”.

La hija del rey tomó el cuenco y vagó de vuelta a la Tierra de los Hombres. Cuando su padre hizo llamar a la población enferma, la mayoría de ella no quiso creer que el Rey Secreto existiera. Pero los que creyeron y bebieron del cuenco de oro se curaron de su siniestra enfermedad.

De esta manera, algunos ya han recibido así una nueva vida. Pero vendrán muchos más si lo que hacen es abrir sus corazones al mensaje de que hay un Rey Secreto que guarda y dispensa el Agua de la Vida. Este Rey habita y espera entre nosotros los Hombres.

Aportación de IdeasWaldorf